

Este mundo espiritual en que el hombre está sumergido es real. No todo en él es valioso, sino que también se han objetivado disvalores. Por eso la «vida» forma, pero también deforma. Por encima de este mundo del espíritu envuelve al hombre como un halo luminoso, un mundo ideal, el mundo de los valores. El hombre, como muy bellamente lo ha expresado Simmel, es ciudadano de dos mundos, el mundo de la realidad y el mundo de los valores. Este mundo de los valores es el verdadero medio del hombre.

IV

Educación.

Todos nosotros nos movemos en el mundo del espíritu objetivo. La necesidad de una larga educación está en que el individuo para poder vivir ha de participar, en su desenvolvimiento, de estos contenidos significativos. Debe orientarse en el mundo, en la esfera humana, en la vida. Cada uno debe hacer sus propias experiencias. La experiencia ajena, por instructiva que sea, no nos ayuda. En el seno de la cultura crece el individuo. Los bienes culturales, arte, ciencia, economía, moral, religión, derecho, costumbres, constituyen el alimento espiritual del hombre. Todos los bienes de la cultura han nacido del espíritu individual o colectivo. Cada bien cultural lleva en mayor o menor grado la estructura del espíritu que lo creó. La energía espiritual individual ha devenido latente, por decirlo así, en el bien cultural. Empleando un ejemplo de la física podría decirse que la energía cinética del individuo se ha transformado en energía potencial en el bien cultural. El espíritu se ha objetivado. El individuo se mueve en este mundo cultural de un pueblo, en un tiempo dado, respira esa atmósfera espiritual, crece en ese campo de fuerzas, y primero de un modo inconsciente y luego de un modo consciente, acoge, toma, incorpora, *vive* los bienes culturales de su comunidad con o sin intervención de la ayuda pedagógica. Así los bienes culturales devienen bienes de formación, es decir, bienes capaces de crear cultura en otro espíritu. En la vivencia de los bienes de formación comprendemos los contenidos significativos de la vida. Estas objetivaciones del espíritu son el correlato del comprender (Dilthey). Con eso nos acercamos al núcleo del proceso formativo. La energía potencial contenida en los bienes culturales puede liberarse, actualizarse en el alma del individuo. En esa descarga eléctrica que se enciende en el individuo, cuando comprende, yace el fenómeno fundamental del proceso formativo. La energía laten-

Educación es objetivación del espíritu.

por ejemplo, es espíritu objetivado. Cuando una persona al contemplarlo comprende su sentido, entonces el espíritu objetivo se convierte en espíritu subjetivo. Si por otra parte alguien pinta un cuadro, entonces el espíritu subjetivo se convierte en objetivo. El espíritu se ha objetivado; valores han sido realizados. La significación de la vida se manifiesta en las objetivaciones del espíritu (Dilthey). Este mundo de objetivos con sentido, ese mundo en que casi nada es neutral, sino que tiene su finalidad, su valor es una estructura unitaria, viva, en constante movimiento.

Así como v. Uexküll distingue en la unidad del mundo biológico la esfera de la nutrición, la sexual y la del enemigo, pueden también distinguirse en el mundo del espíritu distintas regiones que son otras tantas direcciones en que el espíritu se objetiva. Si fuera posible, como ocurre con la luz, refractar la corriente de la cultura encontraríamos cierto número de regiones, ciencia, economía, arte, moral, sociedad, estado, educación, religión, sectores que en la vida de los pueblos están fundidos, entrelazados, formando una estructura, una unidad. Cada una de estas regiones participa de los aspectos de las demás. Así, por ejemplo, la ciencia tiene un lado económico jurídico, pedagógico. Y en la economía participan momentos jurídicos, científicos, morales e incluso religiosos como ha puesto de manifiesto Max Weber. El índice de refracción de cada sector sería *el valor* en que la vida se ha objetivado. Cada región está en función de la totalidad, es un órgano dentro de la vida total, unitaria de la cultura. Este organismo vivo está en constante transformación, en constante devenir. No se expresa otra cosa cuando hablamos de la situación o del espíritu del tiempo.

En el mundo en que nos encontramos hay también otros hombres. Esos hombres no están en el mundo como «objetos» al lado de nosotros, sino que toda existencia humana es esencialmente un existir con otros, una coexistencia¹. El individuo está siempre unido a otros. El hombre es niño, o padre, maestro o discípulo, amigo o enemigo, novio o novia, señor o criado. «Ningún yo sin nosotros»²—dice Scheler—, lo que es lo mismo que decir que nuestra existencia nos viene dada por los demás. El hombre «ensimismado» es irreal. La realidad del yo surge del encuentro con el tú. Esa existencia en común, ese organismo social es la encarnación del espíritu objetivo, sujeto y portador de sus órganos y funciones.

1 Heidegger, «Sein und Zeit», p. 120.

2 Max Scheler, «Soziologie», II, p. 8.